

CÁTEDRA ESPAÑA

CUADERNO DE TRABAJO XVII TALLER DE ESCRITURAS DE LA HISTORIA y NARRACIÓN HISTORIOGRÁFICA

Dr. Manuel Lucena Giraldo
Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia

contacto@manuellucenagiraldo.com

LUNES 1 DE OCTUBRE DE 2018, 4 A 7 PM
Auditorio Jaime Hoyos, Edificio Manuel Briceño (95)

Manuel Lucena Giraldo es Investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España (CSIC), profesor asociado del Instituto de Empresa/IE University y colaborador en gestión educativa en SEPIE. Fue profesor visitante en la Universidad de Harvard, Lecturer BOSP en Stanford University e investigador y profesor visitante en Tufts University (Boston), Pontificia Universidad Javeriana (Colombia), IVIC (Venezuela), Universidad de los Andes (Chile y Colombia), Colegio de México y St. Antony's College de la Universidad de Oxford. Ha sido agregado de educación en la Embajada de España en Colombia y desempeñó cargos de gestión de educación superior. Fue representante del CSIC en la Fundación europea de la ciencia, gestor de redes COST y asesor de proyectos de investigación en la Fundación Carolina. Sus publicaciones se han ocupado de viajeros, expediciones científicas, ciudades, imágenes nacionales, imperios y globalización. Su último libro es "82 objetos que cuentan un país. Una historia de España". Es coautor de la "Oxford Illustrated History of the World" y profesor de no-ficción en la escuela de escritura de Penguin Random House. Es miembro de los consejos de redacción de Culture & History y Revista de Occidente. Forma parte del consejo asesor de "National Geographic" en historia global. Es miembro de la Academia Europea.

Penguin Random House:

<https://www.escuelacursiva.com/>

<http://www.prhgespeakers.com/autor/manuel-lucena/>

Publicaciones disponibles: <http://digital.csic.es/>

Blog Sapiens Tribune de Humanidades, IE University:

<http://humanities.blogs.ie.edu/author/mlucenag>

<http://manuellucenagiraldo.com>

La atención por la narrativa ha constituido desde los orígenes de la profesión de historiador en el mundo occidental una de las condiciones de su ejercicio. Como ha señalado Carlo

Ginzburg, según la tradición clásica la exposición histórica requería de la capacidad de representar con viveza personajes y situaciones (“evidentia in narratione”) para comunicar a los textos un sentido de realidad, siempre a partir de las fuentes disponibles, sometidas a rigurosa crítica. Desde el siglo XVIII la actividad del historiador se vinculó a la del anticuario (que recogía pruebas del pasado) y el erudito (que valoraba las pruebas producidas por otros). La escritura historiográfica no perdió en ese tránsito tensión narrativa. Todo lo contrario, la historia era considerada una rama de la literatura. Pero no era lo mismo imaginar (algo permitido a los historiadores) que inventar (tarea propia de novelistas, fabuladores y mentirosos). En 1784 el abate español Juan Francisco Masdeu indicó que la labor del historiador consistía en “añadir novedad a las cosas antiguas, autoridad a las nuevas, esplendor a las desusadas, luz a las oscuras, placer a las fastidiosas y fe a las dudosas”. La historiografía decimonónica se caracterizó por la rotundidad de su expresión literaria y, aunque el positivismo en algunos casos se despreocupó de ella en favor de la obsesión por mostrar las “verdades irrefutables” de la evolución humana hacia el progreso, basadas en un aparato “científico”, también produjo obras memorables por la calidad de su escritura.

A partir de los años sesenta del siglo XX tanto la “crisis de los grandes relatos” como la fragmentación del campo historiográfico implicaron el deterioro de la escritura de Historia, que se ha alejado de sus públicos, tanto en soportes tradicionales (libros y revistas) como nuevos (TV, radio, cine, cómic, videojuegos e Internet). Con el fin de recuperar estas esferas de actividad, así como de incorporar a los profesionales de Historia y otras disciplinas de no-ficción (periodismo, ciencia política, sociología, economía) al manejo de la esfera audiovisual, se hace preciso un entrenamiento en viejas y nuevas técnicas de escritura historiográfica. A lo largo de este taller, los alumnos tendrán oportunidad de acercarse al manejo de géneros y recursos de la escritura historiográfica y no ficcional.

PROGRAMA

4-4.45 pm.

1-Primera sesión-El espacio físico e intelectual en que se mueve el historiador. Escribo historia, ¿Cuál es el problema?

[Textos]

De manera que para él escribir era algo espantoso, lleno de tormentos, de peligros, de fatigas. Se sentaba a su mesa con miedo y deseo ante aquella tarea amada y tortuosa. Se quedaba allí durante horas, inmóvil, entregado a su terrible trabajo como un coloso paciente y minucioso que construyera una pirámide con canicas.

Todo lo que quería decir sobre Gustave Flaubert, Guy de Maupassant, Madrid, Periférica, 2008, 92-93

Llegada la noche, me vuelvo a casa y entro en mi escritorio; en el umbral me quito la ropa de cada día, llena de barro y de lodo, y me pongo paños reales y curiales. Vestido

decentemente entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde, recibido por ellos amistosamente, me nutro con aquel alimento que solo es mío y para el cual nací.

Nicolás Maquiavelo

El cuerpo en la escena de la lectura y la escritura

Leer, escribir; leer para escribir... Lentamente la ejecución de estas praxis pertenecientes a una misma “civilización de la escritura”, a medida que han sido infiltradas por nuevos medios electrónicos, que las abren a complejos escenarios de instalación virtual, han ido perdiendo parte de una antigua *aura*. Su leyenda, su mitología ha acabado por ceder disolviéndose en la atmósfera ingrátida de nuestro tiempo.

De reservada y exquisita; de íntima y minuciosamente ritualizada en espacios de gran densidad semántica, la “relación de escritura” ha pasado a ser una operación que se realiza independizada de todo entorno tangible, y que, en cierto modo, resulta ser el producto de una puesta en paréntesis del cuerpo, que apenas ya necesita interactuar con la pantalla. La nueva ergonomía y organización espacial que el medio electrónico demanda no implica ya la toma de decisiones acerca de las condiciones y sentido que el hecho lecto-escritor pareció alcanzar en otros días. En esta situación, la agencia de la escritura, tal y como la hemos conocido hasta los años ochenta del siglo pasado, se transforma ahora en una estrategia orientada a “componer” textos.

Frente al actual modo de trabajo de un Joe Dunthorne, que escribe hoy sus novelas en un vagón de metro completamente abstraído de las condiciones físicas de su contexto, pero infinitamente abierto al espacio de conexión de internauta, la exigente observación de Stephane Mallarmé, que tensa hasta la extenuación lo que debe configurarse como *dispositivo* preparatorio y altamente protocolizado de la lecto-escritura en su sentido material arcaico, no parece que pueda alcanzar valor alguno en las condiciones de hoy. En consecuencia, donde aquel maestro de “lo Total” pudo decir que para él escribir era una celosa práctica de una extraña resonancia *bioliteraria* (dotada, pues, de un compromiso corporal), y que aboca al encierro y a la soledad física a quien la realiza, un sentimiento contemporáneo empezaría por rechazar sobre todo esa idea de “encierro”, que insinúa la existencia de un peligroso espacio autista. El moderno internauta carece de una idea opresiva de lo real para instalarse en el espacio abierto de lo virtual. Era –aquel otro– un encierro en torno al cual, y con distintos grados e intensidades, el pasado pudo construir el principio fuerte y punto de clivaje de existencia de toda lecto-escritura. La articulación y coordinación de cuerpo y espacio comprimidos segregaba de sí una suerte de épica agónica, cuyo resultado fue siempre la materialización de un “teatro” lujoso, sobrecargado. El interior del despacho exhibía entonces su potencia de *observatorio* y punto focal para “soñar” todo lo que quedaba en el “afuera”. Como majestuosamente lo describe Azorín en el comienzo de las *Confesiones de un pequeño filósofo*:

Lector: yo soy un pequeño filósofo; yo tengo una cajita de plata de fino y oloroso tabaco, un sombrero grande de copa y un paraguas de seda con recia armadura de ballena. Lector: yo emborrono estas páginas en la pequeña biblioteca de Collado de Salinas. Quiero evocar mi vida. Es medianoche; el campo reposa en un silencio augusto; cantan los grillos en un coro suave y melódico; las estrellas fulguran en el cielo fuliginoso; de la inmensa llanura de las viñas sube una frescor grata y fragante.

Todo parece que se disponía allí con vistas a la conquista de un ideal necesitado de una firme reclusión en un ámbito ergonómicamente dispuesto, saturado de artefactos para poder desarrollar en él lo que a todas luces resulta ser un activo “extrañamiento de mundo”. En cambio, la “tecnologización de los interiores” determina el que todo lo que en la Antigüedad debía rodearse de mundo para lograr representaciones de él, se haya convertido hoy, en los “cuartos conectados” del presente, en una situación de la que han desaparecido en buena medida las dimensiones sobre las que se articula la idea de una *presencia*. Podemos, con alguna precisión, situar el momento en que el escritorio y su fisicidad propia vio doblada su existencia en un escenario plenamente virtual, cuyas dimensiones no harían ya, a partir de ahí sino implementarse exponencialmente. Fue en 1979 cuando la empresa Rank Xerox traslada el universo de la oficina real al espacio virtual operativo de la interfaz con el microprocesador, y en donde sitúa los clones electrónicos de aquel: la papelera, la mesa-escritorio, los archivos...

Últimos refugios de la escritura. Trabajos del espíritu aislado en las montañas y los bosques.

La instalación aislada

Las posibles plurales genealogías del gabinete de letras, de los despachos y de los *studios* [lugares donde el conjunto de prácticas auráticas sobre la letra encontraban en el pasado acomodo, *locus novus* de la individualidad moderna] se presentan en lo que es un cruce de tradiciones y de derivas que, a instancias históricas, intensifica o relaja la combinatoria de elementos diversos que rige tal entorno. La tensión utópica que anima semejante *constructo*, determina el que algunas de sus figuraciones cobren un matiz extremo: se presentan como virtuales *límites* de desarrollo de las potencialidades que tal espacio contenía.

No será inútil, entonces bajo este supuesto, dirigirnos a examinar la configuración especial de lo que podríamos denominar los “despachos salvajes”: lugares de escritura que, trasladados fuera de la esfera protectora de los hogares y de las ciudades, se enfrentan en esta ocasión enteramente singular a la soledad de las montañas, de los bosques y otros nichos de aislamiento en el seno de la naturaleza, o que, también, se ven envueltos en ambientes hostiles y en todo caso alejados (aparentemente) del propio campo literario. El modelo virtual de esta aspiración acaso lo pueda ofrecer esa subida de Petrarca al Monte Ventoso, para recibir en él la iluminación acerca de su camino de saber. En la altura se encuentra, en efecto, la inspiración.

La escritura tenaz y exigente, la “gran escritura”, aquella que obliga a su productor a situarse *au fil de la plume*, vive, pues, de un último sueño que aquí no queremos dejar de referenciar: el de la construcción de un ámbito *psicofísico* propio donde reinaría en exclusiva, dueña de las horas y los días por venir.

Aquí el “gabinete de Fausto” toma cota; se desvincula de la red doméstica y urbana, en que tan frecuentemente lo hemos encontrado inscrito. Una fantasía de traslado de la célula lecto-escritora hacia la profundidad de los bosques solitarios o en las alturas y en las cumbres acaece, toma forma con la historia. Y nosotros, en este libro que explora territorios no cartografiados, querríamos dejar constancia de este “ideal”. Bien que lo hemos de hacer dando cuenta de lo que al presente creemos es su práctico abandono y el decaimiento de su figuración, en otra hora, poderosa. Tratamos, pues, del fin de una utopía, del desenlace de una ideación poderosa e imantada en el pasado.

La mitología de un tal retiro claustrofílico; el sueño de un aislamiento, que debido a su misma temperatura concentrataria pudiera resultar extraordinariamente productivo para los trabajos del espíritu, relacionados siempre con el desenlace en el campo de la lecto-escritura, ha acabado por disolverse en la atmósfera de una ultramodernidad. Ésta ciertamente marcada por la necesidad de incorporar la fluencia de omnipresentes cargas informativas venidas del exterior, y llena también de la urgencia que trae lo novedoso, el tránsito constante de las cosas y de las personas y la necesidad de conectividad absoluta de los agentes y operadores del campo simbólico, forzados ahora a estar en constante *in praesentia* (virtual o física) ante las nuevas comunidades “ligeras” (en realidad: comunidades “espectrales”).

Ya no será nunca más legítimo ni consecuente construir una representación de aquel viejo deseo de apartamiento, como la que realizara de modo maestro Marcel Proust, en su *Por el camino de Swan*. El retiro futuro de aquel escritor (y, con él, de los de su tiempo) con vistas a la realización del *absoluto literario*, se encontraba contenido ya y sentido por el memorialista francés, efectivamente, en las:

Honduras de una casilla de esparto y tela: un refugio en cuyo hondo me estaba yo bien metido, hasta para mirar lo que pasaba fuera.

Las minorías intelectuales, las élites de los productores de síntesis de mundo (ya sean éstas analítico-abstractas o de carácter mito-poético), en la actualidad ya no creen más en la virtud derivada de la adopción de una casta clausura, ni de la construcción rígida de una posición espacial fuerte y diferenciada.

Extractos de Fernando Rodríguez de la Flor y Daniel Escandell, *El gabinete de Fausto. "Teatros" de la escritura y la lectura a un lado y otro de la frontera digital*, Madrid, CSIC, 2014.

Más bien es lo cierto, que las subjetividades de los productores simbólicos, hoy más que nunca, necesitan del “otro” para realizarse dentro del contexto de una más general “estética relacional”. Y, en consecuencia, un alejamiento topológico con respecto a las cosas y los eventos del mundo, cualesquiera que fuera su intensidad, les parece un suicidio por la negación a la propia imagen pública que ello implica. El aislamiento, la radical soledad creativa, trae hoy aparejado el hecho cierto de una fatal muerte simbólica; la retirada del foco supone una letal salida del círculo sagrado de la visibilidad social. Aún menos beneficios se esperan de lo que podría ser un desplazamiento al “natural”, entendido como expresa contraposición a la omnipresente dimensión cosmopolita y urbanícola que ha cobrado entretanto la existencia. Y eso aún cuando todavía se mantiene pálidamente la fantasía de un retiro mitigado en el mundo rural (de lo que hace figura, por ejemplo, la novela de Gorki, *Los veraneantes*, en cuanto puesta en situación de unos intelectuales, eventualmente “retirados” en su *dacha* de verano). Es el tiempo mítico de la “vacación”, que, en efecto, todavía funciona en el imaginario de aquello con lo que debe cumplir una fuerte inversión en el espacio de la escritura. Y ello, podemos suponer, porque en ese tiempo supernumerario se destensa el rigor de la vida funcional, y, en cambio, en ese repliegue brilla (todavía) como una llamada, la intensidad y el goce de entregarse por

completo a la Obra, perdiéndose absolutamente en ella. Sucede que aquel *locus* retirado, “alto”, se presenta en la historia bajo la forma de una arquitectura ideal para llevar a cabo un proyecto expresivo de larga duración y de gran intensidad.

Fernando R. de la Flor, "La fortaleza de la soledad", Alberto Samaniego (ed.), *Cabañas para pensar*. Coruña, Fundación Seoane, 2011, 69-71.

Bibliografía

Roland Barthes, “Una relación casi maniaca con los instrumentos gráficos”, en *El grano de la voz*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, 154-158.

Raúl Cremades, *Cuando llegan las musas: cómo trabajan los grandes maestros de la literatura*. Madrid, 2002

Jean Guilton, *El trabajo intelectual*. Madrid, Rialp, 1999.

Fernando R. de la Flor, “Liturgias de la escritura. El fetichismo del acto creador”, Iñaki González Casanovas y Manuel Lucena Giraldo Coords. *Los secretos de la escritura*. Madrid, Fundación MAPFRE, 2007, 43-79

CUESTIONES A DEBATIR

- 1-¿Influye el espacio de escritura en las palabras que se eligen?
- 2-¿Hay un malditismo de los modos de escritura, como si esta fluyera mejor en la “mala vida”?

UNA REFLEXIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

Limpia, fija y da esplendor: también a tu espacio de escritura.

4.45-5.30 pm

2-Segunda sesión. La escritura del pasado. El historiador y sus figuras, del cronista real al publicista masivo

Frente a la convención según la cual el pasado se compone de hechos, artefactos y signos, abordaremos la importancia de las palabras en el trabajo del historiador, expresión de un tipo de verdad específica -e histórica-.

LECTURA

Ya terminada mi tarea, como a las diez de la noche, sentí un fuego nutridísimo en la parte norte del campamento, donde estaban atracados los vapores... ¿Qué había ocurrido? Que el vapor *Once de Febrero* en el que habíamos guardado todas las municiones, el armamento cogido al enemigo, una brigada como de 60 mulas y el cadáver de don Luis Lleras que estaba en cámara ardiente en el salón, se había incendiado y había desaparecido en pocos minutos. Este vapor cuyo nombre recordaba el triunfo de Barranquilla y que anteriormente se llamaba “María Emma”, recibió en el combate una bala de cañón de proa a popa, que se llevo toda la fila de lámparas que colgaban por toda la mitad de los salones; esas lámparas según la disciplina de los barcos, se llenaban todos los días, de manera que esa gran cantidad de petróleo cayó sobre la madera seca del buque que la absorbió como esponja; el dispensero, apurado por alumbrar el buque estaba poniendo varas esteáricas en botellas, y

al caer una de ellas se incendió el barco con gran velocidad, que no permitió sacar nada; al prender las bodegas empezaron a estallar las municiones. El zapateo de las mulas acorraladas producía gran impresión, pues todo el mundo comprendía que se estaban quemando vivas. Sobre la albarrada frente al buque había una infinidad de soldados cansados y dormidos; el General Lombana, que estaba en el buque siguiente, viendo el incendio, advirtió a gritos que al quemarse la casilla del Capitán caería sobre el puente y haría disparar la culebrina de proa, cargada con metralla y podía matar unos cuantos de esos soldados. Se les trató de despertar pero fue en vano: el sueño del soldado que ha combatido un día entero es un poco más profundo que el del justo; y hubo que tirarlos de los pies, operación a que caritativamente vino a ayudar el General Lombana; y en el momento en que hacía su obra de caridad se cumplió su previsión: la casilla cayó al puente; la culebrina se disparó y la metralla despedazó al General Lombana, dejándolo sin manos y lleno de heridas. Se le llevó al vapor de inmediato con ánimo de socorrerlo, pero él, que era médico, les dijo a sus colegas: “Yo comprendo perfectamente que no tengo remedio; déjenme tranquilo, y que mis ayudantes me den a fumar un cigarrillo”. Así se hizo. Por manos de sus ayudantes fumaba, y conversaba con ellos, dándoles consejos respecto a que no abandonaran la causa liberal por más contratiempos que hubiera. Hizo que le tuvieran abierto un reloj que se hacía mostrar cada rato. Anunció los minutos que tardaría en tener hipo; a los cuantos empezaría su estertor y últimamente a los cuantos moriría, todo lo cual se cumplió con exactitud.

Extracto de *La humareda*, del libro *Recuerdos*, de J.M. Philips (Edit. Marco A.Gómez, Bucaramanga, junio de 1935) incluido en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre Historia, Política y Literatura colombianas* de Malcolm Deas (Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, febrero de 1993. Páginas 21 y 22)

Bibliografía

- Cruz, Manuel, *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*, Barcelona, Anagrama, 2005
- Fernández-Armesto, Felipe, *Historia de la verdad y una guía para perplejos*, Barcelona, Herder, 1999
- Ginzburg, Carlo, *El juez y el historiador. Anotaciones al caso Sofri*, Barcelona, Muchnik Editores, 1993
- Lozano, Jorge, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza, 1987
- Moradiellos García, Enrique, *Las caras de Clío: una introducción a la historia*, Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 2001
- Rieff, David, *Contra la memoria*, Barcelona, Debate, 2012
- Ruiz-Domènec, José Enrique, *Rostros de la historia: veintiún historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, Península, 2000.
- Ruiz-Domènec, José Enrique, *El reto del historiador*, Barcelona, Península, 2006
- Vallejo, Fernando, *Logoi. Una gramática del lenguaje literario*, México, FCE, 2013

CUESTIONES A DEBATIR

- 1-¿Es el historiador un detective del pasado?
- 2-¿Sabemos interrogar de manera adecuada las fuentes?
- 3-¿Pueden el exceso de historicidad así como su carencia inmovilizar una sociedad?

UNA REFLEXIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

El pasado es un país extraño. Debe ser explorado con cautela, rigor crítico y atención a la complejidad.

5.30-5.45 pm-Café y descanso

5.45-6.30 pm-Tercera sesión. Imagino, pero no invento. El ensayo y el renacer de la no-ficción

En esta sesión abordaremos el género ensayístico, de gran utilidad en la reflexión y práctica escritural historiográfica. El ensayo exige el conocimiento previo de una serie de procedimientos ligados al llamado “estilo académico”, de cuya eficacia narrativa no cabe dudar como característico del trabajo del historiador.

[Textos]

El ensayo que lee el mundo y se da a leer. Reclama la puesta en obra simultánea de una hermenéutica y de una audacia aventurera. Cuanto mejor perciba la fuerza actuante de las palabras, mejor actuará en su momento. De ello resulta una suerte de exigencias casi imposibles de satisfacer enteramente. Formulémoslas, de todos modos, para terminar, a fin de contar con un imperativo que nos oriente. El ensayo debe estar siempre atento a la respuesta precisa que los hechos o las obras interrogados devuelva a sus preguntas. No debe romper nunca su servidumbre a la claridad y belleza del lenguaje. Por fin, cuando llegue el momento, el ensayo soltará amarras e intentará a su vez ser él mismo una OBRA, con su propia y temblorosa autoridad.

Jean Starobinski “¿Es posible definir el ensayo?”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 575, 1998, 31-40.

El ensayo es el único género literario cuyo propio nombre reconoce que el irreflexivo acto conocido como escritura es en realidad un salto en la oscuridad. Cuando uno intenta escribir una tragedia, no dice que la tragedia sea un intento. Quienes han pasado por el esfuerzo de escribir de su puño y letra los doce libros de una epopeya rara vez pretenden haberse limitado a garrapatear a toda prisa una epopeya a modo de experimento. Pero un ensayo, por su propio nombre y su propia naturaleza, es verdaderamente un intento y un experimento. En realidad uno no escribe un ensayo. Lo que hace es ensayar un ensayo. Y el resultado es que, aunque haya muchos ensayos famosos, afortunadamente no hay ningún ensayo modélico. El ensayo perfecto no se ha escrito nunca, por la sencilla razón de que el ensayo nunca se escribe. La gente ha tratado de escribir para tratar de descubrir lo que se supone que es. En ese aspecto, el ensayo es un producto típicamente moderno y está inspirado por el futuro y las alabanzas de la aventura y los experimentos. En sí mismo sigue siendo esquivo, y admito que me obsesiona la leve sospecha de que el ensayo probablemente se irá volviendo más dogmático y convincente, a causa de las profundas y mortíferas divisiones que nos impondrán los problemas éticos y económicos. Pero esperemos que siempre quede un hueco para el ensayo que de verdad es un ensayo. Santo Tomás de Aquino, con su sentido común, dijo que ni la vida activa ni la contemplativa

podían vivirse sin relajarse con juegos y bromas. El teatro o la épica pueden considerarse la vida activa de la literatura; el soneto o la oda, la vida contemplativa. El ensayo es la broma.

Extraído de *Correr tras el propio sombrero* de G. K. Chesterton. Ediciones El Acantilado, Barcelona, 2006

Pensar (en) el presente. Ensayo, literatura de pensamiento: materiales ensayados

Descripción.

El avance del siglo presente, el XXI, desde antiguo considerado el siglo futurista por excelencia, ha tenido en nuestro ámbito un efecto peculiar, que debemos considerar como un síntoma más de progreso en la integración cultural española en el terreno de la expresión del pensamiento y de su progresiva puesta al día en lo que es el interior mismo o *centro nuclear* del modelo capitalista en su última formulación occidental.

Ello se reconoce en la creciente rentabilidad que tienen los lenguajes ensayísticos como herramientas interpretativas del *ahora*, y en el uso imaginativo del archivo y de la tradición sometidos a tareas de exploración y crítica y orientados con decisión a semejante horizonte de lectura de mundo, cuanto, en este caso, bien alejados de las veleidades de un conocimiento puramente arqueológico o erudito, es decir: sin relación a los mundos de actualidad.

Literatura de pensamiento, entonces, cada vez más volcada sobre una esfera pública y en un pacto de interés común, que, al tiempo que ejercita los hasta ahora poderosos engranajes de una pujante industria editorial, apunta hacia un horizonte de información y conocimiento del imaginario colectivo; pluralidad que se ve reforzada por la heterogeneidad y multiplicación de las editoriales que hacen circular en este momento estos discursos.

Y es que una vez rebasado el primer quinquenio, y aun el tercero, del siglo donde acaecería tan alta concentración de efectos de modernidad que debería abrir un futuro insospechado, es precisamente cuando la literatura de pensamiento se vuelve con cierta energía hacia el presente absoluto, haciéndose la pregunta por el sentido de ese mismo tiempo en el que nos coloca la postmodernidad, puesta bajo signo racionalizador y técnico, pero también atravesada por el viento turbulento de la historia, que nos conduce hacia una escena cada vez más irreal, y cruzada de dispositivos de ficción y de virtualidad. No sólo eso, sino que este parece ser el momento preciso en que se produce una relectura del pasado y de los pasados inmediatos de una problemática identidad. Momento también en que todo objeto cultural está llamado a ser reformulado en sus valores e interés para alcanzar proyección en el nuevo siglo que se insinúa.

El propósito es el de acceder entonces a nombrar, definir y localizar las zonas de producción de este dispositivo discursivo. De forma que, podríamos decir, si bien no es posible determinar el sentido en el que se cumplirá el potencial profético del siglo, tal vez sí no sea desmesurado aventurar para el ensayismo la capacidad de describirlo, en algún grado al menos. En definitiva, lo que se ha puesto de relieve en los últimos tiempos es la existencia misma de ese *ensayismo*, que parecía haberse detenido en su movimiento de progreso en la obra de un Ortega y Gasset, concebida ésta como epítome conclusivo e inmarcesible (por no superable) de un “pensar en español”.

Concepción que aquí exploramos en su vía de representaciones discursivas, de carácter analítico no-ficcional que tratan en particular de la captación de fenómenos del presente. Nuestro objeto es aspirar a controlar la producción de esta naturaleza en el momento en que esta se está generando, con los correspondientes efectos de actualidad y de novedad.

Siguiendo en todo la lógica de esa misma novedad cuyo papel ha puesto de relieve un filósofo como Boris Groys (ver “los hoy activos”) en cuanto que ello debe ser siempre un saber *de la actualidad* y una disciplina que se da como objetivo lo no formalizado todavía (y en buena medida lo hasta ahora *impensado*, o, todavía, *por pensar*) en el archivo de una cultura, siempre más en posición de “hacerse” que de “haber sido hecha”.

Fuentes teóricas básicas de una literatura de pensamiento y del ensayismo

Adorno, Theodor, “El ensayo como forma”, en *Notas de literatura*. Barcelona, Ariel, 1962, 11-36.

Aullón de Haro, Pedro. *Teoría del ensayo*. Madrid, Verbum, 1992.

————— *Los géneros ensayísticos en el siglo XX*. Madrid, Taurus, 1989.

Agamben, Giorgio, *Idea de la prosa*. Barcelona, Península, 1992.

Barthes, Roland *Crítica y verdad*. México, Siglo XXI, 1978.

Carballo Picazo, Ángel “El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España”, *Revista de Literatura*, 9-10 (1954), 93-156.

Cerezo, Pedro. “El ensayo en la crisis de la modernidad”, en AAVV., *Pensar en Occidente. El ensayo español hoy*. Madrid, Dirección General del Libro, 1991, 35-59.

D’Ors, Eugenio. “Pensar por ensayos”, *Clavileño*, 19 (1953), 1-6.

Foucault, Michel *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets, 1980.

García Casanova, Juan Francisco (ed.), *El ensayo entre filosofía y la literatura*. Granada, Comares, 2002

Gómez Martínez, José Luis, *Teoría del ensayo*. Salamanca, Universidad, 1981.

Jarauta, Francisco, “Para una filosofía del ensayo”, *Revista de Occidente*, 116 (1991), 43-49.

Lynch, Enrique, *El merodeador. Tentativas sobre filosofía y literatura*. Barcelona, Anagrama, 1990.

Lukács, George. “Sobre la esencia y forma del ensayo”, en *Obras Completas*; I, Barcelona, Grijalbo, 1975.

Marichal, Juan, *Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid, Rev de Occidente, 1971.

Poétique, 21 (1975), *Littérature et philosophie mêlées*. (Monográfico).

Navarro Reyes, Jesús, *Pensar sin certezas, Montaigne y el arte de conversar*. Madrid, Fondo de Cultura económica, 2007.

Piera, Carlos, “La conveniencia de la prosa”, *Revista de Occidente*, 116 (1996), 13-23

San Juan, Pilar, *El ensayo hispánico: estudio y antología*. Madrid, Gredos, 1954.

Schildknech, Christinne, “Entre la ciencia y la literatura: formas literarias de la filosofía”, en Teresa López de la Vieja (ed.), *Figuras del logos*. México, FCE, 1994.

Starobinsky, Jean, “¿Es posible definir el ensayo?”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 575 (1998), 31-32

Steiner, George, “El género pitagórico”, en *Lenguaje y silencio*. México, Gedisa, 1990.
Weinberg, Liliana (ed.), *Ensayo, simbolismo y campo cultural*. México UNAM, 2003.
Zuleta, E. *Historia de la Crítica española contemporánea*. Madrid, Gredos, 1974.

Los campos conceptuales (en los que trabaja el ensayo). Agenda de actualidad

1. La historia (inmediata o no) de la que venimos. El mundo tal como era y será.
2. El espacio estético-plástico y el triunfo de la imagen
3. Nuevos y viejos ámbitos literarios
4. Sociedad en red
5. Morales de la contemporaneidad
6. Analistas de la cultura del capitalismo tardío
7. Resistencias a la cultura del capitalismo triunfante
8. Espacios periodísticos y del ensayo
9. La oralidad perdida. La conferencia, la lección
10. Análisis del propio campo intelectual y universitario
11. Temas y asunto (aparentemente) fuera de agenda

Bibliografía

Aullón de Haro, P. *Los géneros ensayísticos en el siglo XX*. Madrid, Taurus, 1989.
Agamben, G., *Idea de la prosa*. Barcelona, Península, 1992.
Barthes, R. *Crítica y verdad*. México, Siglo XXI, 1978.
Carballo Picazo, A. “El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España”, *Revista de Literatura* 9-10 (1954), 93-156.
Foucault, M *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets, 1980.
Gómez Martínez, *Teoría del ensayo*. Salamanca, Universidad, 1981.
Jarauta, F., “Para una filosofía del ensayo”, *Revista de Occidente*, 116 (1991), 43-49.
Lukcas, G. “Sobre la esencia y forma del ensayo”, en *Obras Completas*; I, Barcelona, Grijalbo, 1975.
Marichal, J. *Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid, Alianza, 1971.
Poétique, 21 (1975), Littérature et philosophie mêlées.
San Juan, Pilar, *El ensayo hispánico: estudio y antología*. Madrid, Gredos, 1954.
Steiner, G. “El género pitagórico”, en *Lenguaje y silencio*. México, Gedisa, 1990.
Zuleta, E. *Historia de la Crítica española contemporánea*. Madrid, Gredos, 1974.

CUESTIONES A DEBATIR

- 1-¿Es el ensayo de historia una forma de literatura?
- 2-¿Debe el historiador acercarse al ensayo, o le estropea el estilo?
- 3-¿Qué distingue el ensayo de historia y la novela de no ficción?
- 4-¿Por qué los historiadores no suelen ser buenos novelistas?

UNA REFLEXIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

Muchos grandes historiadores han sido ensayistas: por algo será.

6.30-7.15 pm-Cuarta sesión. Biografía, autobiografía e historia

La Historia también se fabrica a partir de acciones de individuos concretos, hombres y mujeres que toman decisiones constantemente en función de expectativas, sueños y frustraciones. La escritura biográfica no es por tanto una opción, sino una necesidad imprescindible del trabajo historiográfico.

LECTURAS

También a él le llamaron “Tigre de Los Llanos”, y no le sentaba mal esta denominación, a fe. La frenología y la anatomía comparada, han demostrado, en efecto, las relaciones que existen entre las formas exteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomía del hombre y la de algunos animales a quienes se asemeja en su carácter. Facundo, porque así lo llamaron largo tiempo los pueblos del interior: el general don Facundo Quiroga, todo eso vino después, cuando la sociedad lo recibió en su seno y la victoria lo hubo coronado de laureles: Facundo, pues, era de estatura baja y fornida; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara un poco ovalada estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subía hasta los juanetes, bastante pronunciados para descubrir una voluntad firme y tenaz. Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos sobre quienes alguna vez llegaban a fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada, y miraba por entre las cejas, como el Alí-Bajá de Monvoisin. El Caín que representa la famosa compañía Ravel me despierta la imagen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria, que no le convienen. Por lo demás, su fisonomía era regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien a las sombras espesas en que quedaba cerrada.

La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organización privilegiada de los hombres nacidos para mandar. Quiroga poseía esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne el Genio de Francia, y del mameluco oscuro que se batía con los franceses en las pirámides, el Virrey de Egipto. La sociedad en que nacen da a estos caracteres la manera especial de manifestarse: sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados son mancha, su oprobio.

Facundo Quiroga fue hijo de un sanjuanino de humilde condición, pero que avecindado en los Llanos de La Rioja había adquirido en el pastoreo una regular fortuna. El año 1799 fue enviado Facundo a la patria de su padre a recibir la educación limitada que podía adquirirse en las escuelas, leer y escribir. Cuando un hombre llega a ocupar las cien trompetas de la fama con el ruido de sus hechos, la curiosidad o el espíritu de investigación van hasta rastrear la insignificante vida del niño, para anudarla a la biografía del héroe; y no pocas veces entre fábulas inventadas por la adulación, se encuentran ya en germen en ella los rasgos característicos del personaje histórico.

(...) Cuando llega a la pubertad, su carácter toma un tinte más pronunciado. Cada vez más sombrío, más imperioso, más selvático, la pasión del juego, la pasión de las almas rudas que necesitan fuertes sacudimientos para salir del sopor que las adormeciera, domínalo irresistiblemente desde la edad de quince años. Por ella se hace una reputación en la ciudad;

por ella, en fin, derrama por un balazo dado a un Jorge Peña, el primer reguero de sangre que debía entrar en el ancho torrente que ha dejado marcado su pasaje en la tierra”.

Extraído de *Facundo. Civilización y barbarie*, de Domingo Faustino Sarmiento. Editorial Cátedra, Colección Letras Hispánicas. Edición de Roberto Yahni, 1990.

La pérdida de la Primera república de Venezuela en 1812 a manos de los realistas fue interpretada a partir de un guión preconcebido, en el que Francisco de Miranda figuró como responsable destacado y casi único. Un caballero inglés, recién llegado a Jamaica, informó en septiembre de aquel año al almirante Stirling que el terremoto había destruido la mayor parte del material bélico que poseían sus defensores. A esto se sumó la impopularidad de Miranda, “su gobierno despótico y la poca pericia e inconsistente conducta que mostró en la guerra”. William D. Robinson, un comerciante que lo había defendido en 1806, señaló en “The Barbados Mercury” que “la ambición e imbecilidad del general Miranda fueron las primeras causas de la destrucción de los primeros esfuerzos del pueblo de Venezuela hacia la independencia. No existe un individuo que tenga por él un sentimiento de conmiseración”.

En la medida en que este punto de vista contemporáneo se asoció con la poderosa y emergente mitología bolivariana, el “enigma Miranda” continúa abierto doscientos años después. Atribuirle en exclusiva el fracaso de la primera entidad política que representó una Venezuela independiente constituye una injusta simplificación. No fue la acción de la metrópoli española, sino la reacción realista americana -y ante todo venezolana- la que acabó con ella. Por otra parte, no parece aceptable, más allá de la tradicional atribución de “precursor” de las independencias latinoamericanas reservada a Miranda dentro de las religiones cívicas republicanas, que este anacronismo tenga que seguir vigente. No se trató de un antecesor congelado en el limbo, sino de un protagonista de la primera hora de la libertad americana. Como tantos próceres de las Patrias bobas y viejas de Chile a Colombia, luego ignorados o postergados, en perfecta simultaneidad de ideas y hasta de proyectos políticos con los liberales españoles de Cádiz, liquidados por la restauración absolutista y ultramontana de Fernando VII, debe ser pensado históricamente dentro del contexto de la crisis imperial y constitucional en el mundo atlántico hispánico, iniciada en 1808 y concluida en 1824.

Restos

La existencia de un cenotafio o sepulcro vacío en el panteón de los próceres de Venezuela, antigua iglesia de la Trinidad, acondicionada con este carácter en 1875, lejos de concretar la historicidad de Miranda, refuerza esa visión de una figura ausente y anacrónica. Allí descansan, en presencia física, todos los fundadores de la República, con el libertador Simón Bolívar, trasladado desde Colombia en 1842, en primer lugar. Con la excepción del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, enterrado en Quito, y del gramático de América Andrés Bello, que descansa en el cementerio general de Santiago de Chile, los fundadores de la nación, Páez, Monagas, Mariño o Urdaneta, se hallan en el edificio. Los cenotafios de Sucre o Bello, aunque vacíos, están completos en su simbolismo, pues los visitantes saben que sus cuerpos descansan en una nación hermana.

Cada cierto tiempo, en sospechosa coincidencia con centenarios o sesquicentenarios, la cuestión de los restos de Miranda emerge impulsada por intereses no siempre transparentes y desinteresados. Se ha supuesto, se supone, que su hallazgo puede producir buenos dividendos y la confianza en el poder ilimitado de la tecnología alimenta creencias que han lindado con la superchería. Pero no se puede engañar a los historiadores e investigadores con tanta facilidad. La Academia Nacional de la Historia venezolana publicó en su magnífico Boletín (Tomo LIX, N° 233, 1976) el informe que había pedido a uno de sus miembros, el gran historiador español Francisco de Solano, el 16 de octubre del año anterior: “La significación de Cádiz y los presuntivos restos de Francisco de Miranda”. La radical honestidad profesional y un gran cariño por Venezuela, país al que dedicó muchos trabajos, explican la exquisita prudencia del informe, que señaló: “Se dio a conocer, con gran aparato publicitario y notoriedad, el hallazgo en Cádiz (España) de los restos del generalísimo Francisco de Miranda. Un hecho de tal categoría debe, lógicamente, venir acompañado y avalado de todas las garantías de veracidad. Infelizmente, los restos hallados en Cádiz no los poseían en suficiente grado como para determinarlos con el menor error posible”.

Como historiador americanista y como gaditano, Solano explicó: “Cádiz posee poco espacio. También este problema lo sufren los cadáveres. Los cementerios estaban y están ubicados fuera de la muralla, en la zona denominada Puerta de tierra, en el istmo que une a Cádiz con la tierra firme”. En la cercana isla de León, hoy San Fernando, se sitúa el arsenal de La Carraca, donde estuvo preso Miranda, exactamente en el “castillo de cuatro torres”, desde fines de 1813 hasta su muerte en julio de 1816. Es posible, continúa Solano, que allí estuviese preso, pero “resulta extraordinariamente difícil, aventurado y arriesgado, -por no asegurar que imposible- encontrar los restos de Miranda y determinarlos con plena garantía”. Las razones son diversas. Al tratarse de un condenado por traición fue enterrado sin pompa ni ceremonia, “en una fosa común, sin precisión de lugar, para que la memoria del traidor se borrara a la par que sus cenizas”. A ello se sumaron razones ecológicas y geográficas: los terrenos de La Carraca son muy salinos y destruyen los restos orgánicos con rapidez.

Además, el cementerio antiguo donde se depositaron los restos de Miranda fue trasladado en el último tercio del siglo XIX, debido a su cercanía a la bahía: “La mayor parte de dicho cementerio fue recogida y aglomerada sin distinción alguna y colocada en fosas comunes, en el nuevo y actual cementerio de San Fernando-La Carraca. Esos restos fueron unidos a los otros huesos y perdidos todos en el anonimato”. Finalmente, existen razones históricas para una imposible verificación: en 1808-1814, 1823, 1833-1835, 1860, 1865 y 1885 hubo en Cádiz epidemias de cólera y los apestados fueron depositados de manera aleatoria y acumulativa en fosas comunes, como aquella que acogió a Miranda.

Familia

Otro tipo de continuidad física, la representada por su mujer e hijos, fue también afectada por esta traición de la posteridad, que ha predeterminado una imagen tan discutible como imperecedera. Existen testimonios sobre la tremenda desolación de su mujer Sarah Andrews tras conocer la noticia del fallecimiento. Hasta su muerte a los 74 años, el 28 de diciembre de 1847, residió en la casa de Grafton Street, sacó adelante a sus hijos y preservó la memoria del padre muerto. Tanto que ambos, Pancho y Leandro, se vincularon con él

por caminos misteriosos. Ambos emigraron a América. El primogénito, señaló el amigo Bentham, partió a Bogotá para fundar un periódico “al estilo inglés”: “Le hice para su uso particular ciertas indicaciones sobre la imparcialidad e independencia que debe observar el periodista hasta donde sea posible”. Fue el vicepresidente de la Gran Colombia Francisco Antonio Zea, residente en Londres desde 1820, para negociar reconocimiento diplomático a la nueva entidad política independiente de España y una serie de empréstitos, quien invitó a Leandro, entonces de 17 años, a participar como colaborador literario en la obra “Colombia. Una relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial y política de aquel país, adaptada para todo el lector general, y para el comerciante y colono en particular”. Esta fue impresa en 1822 en Londres por Baldwin, Cradock y Joy. Al año siguiente, Leandro se encontraba en Bogotá, donde fundó el periódico “El constitucional”, bilingüe en inglés y español, de tendencias moderadas. Le había acompañado hasta allí su hermano Francisco, que había realizado estudios militares en Francia. Ambos fueron bien acogidos por Bolívar y ambos se consagraron devotamente al servicio de la Gran Colombia, si bien las críticas ocasionales al gobierno por parte de “El constitucional”, como ocurrió en 1825, distanciaron un tanto al libertador de Leandro, que encontró en el vicepresidente Francisco de Paula Santander, el “hombre de las leyes”, otra acogedora figura patriarcal. En julio de 1827 Bolívar se dirigió al mayor en estos términos: “Me ha sido muy apreciable ver un retrato de usted que me ha sido presentado en esta capital. El me ha recordado ideas gloriosas y tristes a la vez, porque reviven a mis ojos las facciones de su ilustre padre”.

Francisco fue escribiente de la secretaría del senado grancolombiano. Leandro fue contador de hacienda y oficial mayor del ministerio de relaciones exteriores, antes de consagrarse por completo a su periódico. En 1830, el año de la muerte de Bolívar, Leandro fue enviado a Londres como secretario de legación de la Gran Colombia. Tras comunicar al gobierno británico su extinción, esperó sus sueldos atrasados, apoyó a los representantes diplomáticos venezolanos, se dedicó a la banca y viajó por Europa y Oriente. En 1839 se encontraba en Caracas donde inauguró, como director, el Banco Colonial Británico, primera institución bancaria de Venezuela. Al año siguiente se casó con Teresa Dalla Costa, sobrina del general Carlos Soublette, antiguo ayudante de su padre y entonces vicepresidente. Tras la clausura del Banco en 1849, retornó a Europa, donde veló por la educación de sus cuatro hijos, los dos niños en Inglaterra, las dos niñas en el *Sacre Coeur* de París, donde la familia residía antes de 1859. Allí murió en 1886, en su casa de la calle Bruyère. Los dos varones se dedicaron al comercio en Shanghai, Hong Kong, El Callao y Lambayeque. De la nieta mayor de Miranda, Teresa, apenas se sabe nada. La menor, Isabel, contrajo matrimonio con un conde genovés. En 1882, murió asesinada por un oficial italiano enfermo de celos, que la acuchilló ante la tumba de su difunto marido, en una de las visitas que realizaba de manera habitual al cementerio.

La suerte de Francisco fue muy diferente, pero también se vinculó a “una lamentable espadachinada”. Hábil en francés y geometría, diestro en el baile y las carreras de caballos, de “ojos rasgados, bigote lustroso y mirada penetrante”, tras incorporarse al ejército en 1824, prestó servicios en el Perú, adscrito a la división auxiliar grancolombiana. En 1827 fue arrestado en Lima por el comandante José María Bustamante, al negarse a participar en la sublevación que preparaba contra Bolívar. Ese mismo año regresó a Bogotá, con el cargo de teniente del batallón Vargas y fue entonces cuando el libertador lo incorporó como uno de sus edecanes. Al poco, Francisco fue desafiado por el primer cónsul holandés acreditado

ante el gobierno de la Gran Colombia, el rencoroso, violento y excelente tirador (tenía entre ocho y doce muertos en su haber) Roberto Van Stuers.

El 30 de octubre de 1827, en un camino solitario, a media legua al sur de Bogotá, cuando los contendientes se habían situado a 25 pasos de distancia, Stuers disparó su pistola y erró el tiro. Miranda, que sólo había tomado clases con esa arma un día, tuvo la suerte del novato. Disparó y atravesó la cabeza de su contrincante. Según las versiones, el drama se suscitó por la caída del frasco de perfume de una dama, causada de manera involuntaria por Miranda, que no lo había visto. Pero ambos contendían hacía tiempo por los favores de Inés Sandoval, hija de un militar venezolano. Como los duelos estaban prohibidos, Francisco tuvo que fugarse, pero no fue perseguido por las autoridades –todo indica que Bolívar lo protegió–, lo que produjo considerable escándalo. El periódico de Leandro, “El constitucional”, no recogió la noticia. El 5 de marzo del año siguiente se hallaba en La Guaira como teniente del batallón Carabobo y firmó con los demás jefes y oficiales en Puerto Cabello una petición para que el libertador presidente Simón Bolívar continuara al frente del gobierno. En octubre de 1829, Francisco ejercía en Guayaquil las funciones de edecán del general Tomás Cipriano de Mosquera.

Retornó a Venezuela al año siguiente con el grado de capitán, e hizo amistad con el cónsul británico, Robert Ker Porter. Se involucró de lleno en las graves contiendas políticas y militares de aquel momento a favor de los unitarios y tras la muerte de Bolívar participó en el combate de Cerinza, el 26 de abril de 1831, incorporado al estado mayor del general Jiménez, que se enfrentó al ejército liberal del Casanare, mandado por el general González. Según el parte del jefe vencedor, firmado el 2 de mayo siguiente en Tunja, quedó muerto en el campo de batalla, pero fuentes más fidedignas señalan que fue hecho prisionero y fusilado en la plaza de aquel pueblo, junto a otros cinco oficiales, por órdenes de un subordinado del caudillo llanero José Antonio Páez, el general Juan Nepomuceno Moreno. Al parecer, Francisco de Miranda Andrews tuvo una hija natural llamada Avelina, que su hermano Leandro trató de localizar, sin conseguirlo.

Extraído de *Francisco de Miranda, la aventura de la política*, Manuel Lucena Giraldo, Madrid, EDAF, 2011, epílogo.

Bibliografía específica

Autobiografía en España, un balance, Celia Fernández Prieto, M^a Ángeles Hermosilla Álvarez (eds.); con la colaboración de Anna Caballé, Madrid, Visor Libros, 2004.

Caballé, Anna, *Narcisos de tinta: ensayos sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*, Málaga, Megazul, 1995.

Caballé, Anna y miembros de la Unidad de estudios biográficos, eds., *Memoria, Revista de estudios biográficos*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1996-2010

CUESTIONES A DEBATIR

- 1-¿Ha vuelto la biografía, o en realidad nunca se ha marchado?
- 2-¿Es un ser humano lo que de él se escribe?
- 3-¿Por qué los biógrafos suelen justificar las malas acciones de sus personajes?

UNA REFLEXIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

La escritura siempre pretende construir un punto de vista, no es más que una mirada de una persona concreta sobre el mundo.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA GENERAL

- Aurell, Jaume, *La escritura de la memoria: de los positivismos a los postmodernismos*. Valencia, Universidad de Valencia, 2005
- Autobiografía en España, un balance*, Celia Fernández Prieto, M^a Ángeles Hermosilla Álvarez (eds.); con la colaboración de Anna Caballé, Madrid, Visor Libros, 2004
- Barthes, Roland, *El placer del texto*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974
- Barthes, Roland, *El grado cero de la escritura: seguido de nuevos ensayos críticos*, México, Siglo XXI, 1978
- Briggs, Asa y Burke, Peter, *De Gutenberg a internet: una historia social de los medios de comunicación*, Madrid, Santillana Ediciones, 2002
- Burke, Peter, *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*, Barcelona, Paidós, 2002
- Caballé, Anna, *Narcisos de tinta: ensayos sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*, Málaga, Megazul, 1995
- Caballé, Anna y miembros de la Unidad de estudios biográficos, eds., *Memoria, Revista de estudios biográficos*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1996-2005.
- Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, México, 1993
- Cipolla, Carlo M., *Pequeñas crónicas*, Barcelona, Crítica, 2011
- Cruz, Manuel, *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*, Barcelona, Anagrama, 2005
- Fernández-Armesto, Felipe, *Historia de la verdad y una guía para perplejos*, Barcelona, Herder, 1999
- Gaspar, Catalina, *Escritura y metaficción*, Caracas, La Casa de Bello, 1996
- Greenblatt, Stephen Ed., *New world encounters*, Berkeley, University of California Press, 1993
- Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 2000
- Ginzburg, Carlo, *El juez y el historiador. Anotaciones al caso Sofri*, Barcelona, Muchnik Editores, 1993
- Hernández Sandoica, Elena, *Tendencias historiográficas actuales: escribir historia hoy*, Madrid, Akal, 2004
- Lafuente, Antonio. *El carnaval de la tecnociencia*. Gadir, 2007
- Lodge, David. *El arte de la ficción*. Barcelona, Península, 1998
- Lozano, Jorge, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza, 1987
- Marchamalo, Jesús, *Las bibliotecas perdidas*, Sevilla, Renacimiento, 2008
- Moradiellos García, Enrique, *Las caras de Clío : una introducción a la historia*, Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 2001
- Nussbaum, Marta, *Sin fines de lucro. Porqué la democracia necesita las humanidades*, Buenos Aires, Katz, 2010

- Pound, Ezra, *El ABC de la lectura*, Madrid, Fuentetaja, 2000
- Pulgarín, Amalia, *Metaficción historiográfica: la novela histórica en la narrativa hispánica posmodernista*, Madrid, Fundamentos, 1995
- Rama, Angel, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984
- Rodríguez García, José Luis, *Verdad y escritura: Hölderlin, Poe, Artaud, Bataille. Benjamin, Blanchot*, Barcelona, Anthopos, 1994
- Rodríguez de la Flor, Fernando, *Biblioclasmo: una historia perversa de la literatura*, Sevilla : Renacimiento, 2004
- Ruiz-Domènec, José Enrique, *Rostros de la historia: veintidós historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, Península, 2000.
- Ruiz-Domènec, José Enrique, *El reto del historiador*, Barcelona, Península, 2006.
- White, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Ediciones Paidós, 2003.
- García Gual, Carlos, *Apología de la novela histórica y otros ensayos*, Barcelona Península, 2002.
- Los secretos de la escritura. Historia, literatura y novela histórica*. Varios autores. Instituto de Cultura, Fundación Mapfre, 2006.
- Prose, Francine. *Cómo lee un buen escritor. Técnicas de lectura de los grandes maestros*. Editorial crítica, Barcelona, 2007.
- Vallejo, Fernando. *Logoi. Una gramática del lenguaje literario*, México, FCE, 2013.